

BIBLIOTECA CENTRAL
BANL

CAPITULO VIII.

Incolmidad del Papado.—Medios naturales.—Poder temporal. — Providencia especial de Dios por muchos siglos.

No sería mucho, para el plan de demostracion que nos hemos propuesto, el hallar la razon de la incolumidad del Papado en la palabra de la Escritura, y en la necesidad natural que hay de una cabeza, para constituir el cuerpo social de la religion del Universo cual es la católica romana. Debe ser nuestro empeño estudiar las causas segundas de esa incolumidad de los sucesores de Pedro, estudiar los medios naturales con que la Providencia ha producido el milagro de ese trono indestructible.

Una de las causas que desde luego se presentan á la consideracion, es la que Dios tomó de la superioridad y del hábito de mando que Roma habia adquirido sobre el mundo. El aprovechamiento de ese elemento, eximia á Dios de la necesidad de hacer más sensible el milagro de la incolumidad del Pastor de los pastores. Ver convertida en cabeza de la cristiandad á Marsella, Malta ó Nazaret, habria sido demasiado para la suavidad con que el Cristo queria que la piedrecita derribase al coloso.

La maravilla de la grandeza de la nueva Jerusalem estaba hecha de antemano, y aquello de

"Tante molis erat Romanam condere gentem,"

era ya el principio de la edificacion de la Iglesia católica. San Pedro al entrar en Roma, iba á tomar posesion de una ciudad cuyo dominio le pertenecia de antiguo y que los césares solo tenian en depósito. Cuando Eneas salia de Troya la desolada, á fundar la nueva Troya, ménos obedecia á Jupiter que á Jehová; y si destruida Troya, venia Roma á sustituirla con ventaja, esto era ya como la anticipacion del pensamiento del Cristo, que decretaba la destruccion de Jerusalem, cabeza de su antigua Iglesia, des-

echada por adúltera, para hacer de Roma otra mejor Jerusalem, cabeza de nueva y más grande Iglesia.

Constituída, pues, Roma, cabeza de todas las naciones, hecho este prodigio en tiempo de su gentilidad, para no tener que hacerlo en tiempo de Pedro, todos los elementos de dominacion universal con que contaba la ciudad gentil, vinieron á servir como medios naturales para el prodigio sobrenatural del dominio espiritual del Universo que han conservado los Papas. Roma constituída en centro de la afluencia política universal, pudo ser el centro, sin gran trabajo, de la afluencia religiosa universal; la que era centro del mundo científico profano, pudo serlo, sin gran trabajo, del mundo científico teológico; y fué un medio poderoso para mantener á las naciones en comunion con la gran ciudad, la universalidad del latin. Y es esto tan razonable, que, nada ménos, la sola rivalidad en idioma y en cultura, capaz de oponerse á Roma, cual fué la Grecia, esa fué la que vino al cabo á constituir la primer rama cismática separada del grande árbol, viniendo á ser esa rivalidad de idioma y de cultura, el elemento natural, la poderosa tentacion, que persuadió á los griegos el fatal cisma.

Ingerida ya la potestad papal en el tronco del grande árbol del imperio romano, y yendo el árbol nuevo á igualarse en tamaño con el antiguo, gravísimo inconveniente habría sido para el poder papal, el tener que partir grandezas con el poder cesáreo. Dios, que todo lo puede, habría hecho antónces uno de dos milagros, á cual más ruidoso; ó mantener siempre bueno y propicio el corazon de los césares, ó forzar los acontecimientos dando siempre el triunfo diario á los Papas; pero ya hemos notado repetidas veces, cómo entra en los designios de la Providencia escusear los milagros, sirviéndose en su lugar de medios naturales para los fines de su gobierno sobre el mundo. Así fué que más bien eximió á los Papas de la vecindad de los césares.

Años había que los césares, en sus expediciones á Oriente para combatir á los persas, hacían mansiones de largo tiempo en alguna ciudad oriental, como Antioquía ó Nicomedia, y los romanos veían ya sin extrañeza puesta en otra ciudad la sede del imperio. Cuando Constantino ocupó el trono, esa costumbre no era ya cosa que llamase la atención. Persuadido, pues, de la necesidad ó de la conveniencia, pensando ó no en el porvenir que se abría para los Papas con

la caída del paganismo, inspirado de Dios ó cediendo á los consejos del buen gobierno, es el hecho que Constantino trasladó de Roma á Bizancio la sede del imperio, y la trasladó de raíz, dando su propio nombre á la nueva ciudad, llevándose consigo el senado, los pretorianos y los títulos todos de la ciudad eterna, para hacer de la ciudad griega la residencia de los césares. Esta determinacion fué un elemento favorabilísimo para la independenciam de los Papas; arrancando del tronco de la ciudad eterna la rama natural, quedó solo la nuevamente ingerida, y esta pudo crecer sin que la sombra de otra rama le pusiese obstáculos. En la division del imperio, volvió Roma á ser la residencia de césares, pero sin arraigo, y en vez de Roma ponian su morada los césares de Occidente ya en Tréveris, ya en Rávena, ya en Milán.

Pero cayó el imperio de Occidente; los sucesores de Constantino y de Teodosio cedieron á los bárbaros esa gran mitad del orbe civilizado, y los nuevos señores, aunque movidos de respeto por el jefe de la cristiandad, carecian de aquellas tradiciones tan necesarias para que guardasen á los Papas tantos miramientos; Roma se vió de nuevo dominada por un príncipe que con

el Papa partía el acatamiento de los pueblos. Mas ya de antemano Dios había escogido de entre los reyes bárbaros al valiente y generoso Clodoveo, fundador de la dinastía francesa, y ya de antemano los reyes de Francia estaban constituidos por el Cristo los protectores natos del Papado, no domésticos, que eso sería dejar en pié la dificultad, sino retirados y ajenos á las tentaciones de la vecindad. Vendría el tiempo en que los invasores de la Romanía entrarían en rivalidad con los sucesores de Pedro, y era entónces cuando los oficios de los principes francos llevasen á cabo las miras del Cristo. Hasta el tiempo de Carlo Magno, los Papas, librea unas veces de los huéspedes invasores, en lucha otras veces, pudieron conservar esa independencia sin la que el jefe de la cristiandad ha menester de milagros del poder celeste para gobernar el numeroso rebaño.

Carlo Magno vino, pues, á dejar constituido el Papado en esa posesion en que se ha mantenido hasta estos últimos tiempos. El reino de los lombardos hacía sombra á la majestad del Vicario de Cristo y estaba constituido como un enemigo doméstico, que pondría asechanzas sin cesar al Pastor del mundo; Carlo Magno dió

muerde al jabalí y la viña ha podido florecer y dar frutos en abundancia.

El poder temporal del Papa en los Estados Pontificios, ha venido á ser, por tanto, uno de los grandes medios naturales de estabilidad del Pontificado y de la Iglesia católica. Sostenerse el Papado sin ese elemento, sería obra de un enorme milagro. El Papado debe tener, como cualquiera personalidad, su derecho de hogar, como dicen los ingleses: "My house, my rin."

No es el poder temporal del sucesor de Pedro una desviacion de la regla *"mi reino no es de este mundo."* Esta regla dá á conocer el designio de Cristo, que consiste en hacer de toda la sociedad cristiana un estado no temporal sino espiritual; pero no hasta el grado de que no cuente con un centro provisto de los medios naturales de accion humana, de un centro, de un distrito con su fundo, con su absoluta independencia de toda fuerza y de toda accion extraña.

El tener en dominio temporal una ciudad de importancia y algunas adyacentes, es, pues, para el Papado, lo que para los Obispos tener una casa episcopal, otra para colegio conciliar, otra para oficinas, otra para ejercer la beneficencia:

esta es una cuestion matemática. Lo que son para un Obispo esos tres ó cuatro edificios, son para un Papa dos ó tres ciudades. Estos dos términos de razon aritmética hacen proporcion con los de esta otra: una provincia eclesiástica es al mundo católico, ó sea, doscientas mil almas son á ciento cincuenta millones de almas, como dos ó tres edificios son á dos ó tres ciudades.

Y así como fuera impertinente hablar de «*mi reino no es este mundo*» á un Obispo para que se abstudiese de proporcionarse casa para habitar, para oficinas, para colegios, etc., á fin de gobernar establemente su diócesis, con la necesaria tranquilidad, con el conveniente decoro, con la útil independencia de su alto ministerio, ¡cómo no lo fuera hacer valer tambien el citado texto, para que el Jefe del universo católico se abstudiese de procurarse ó de conservar los mismos elementos de gobierno que los Obispos, en la proporcion que va del que gobierna una provincia al que gobierna al orbe entero?

Es esta una cuestion de economía doméstica ó interior, de prudencia humana; órden y prudencia que no, por tratarse de cosas espirituales, deja de obligar áun al que cuenta con la

promesa celeste de que «*las puertas del infierno no prevalecerán contra ella*» (la Iglesia.)»

Hágase la cuenta sobre las necesidades que trae consigo el gobierno *simplemente espiritual* del orbe. El gobierno *simplemente espiritual* del orbe, demanda que las puertas, no ya de la casa del Papa, (como sucede con un Obispo que no recibe más que á sus diocesanos,) sino de la ciudad en que resida, estén patentes á voluntad del Papa; porque se trata nada ménos que de recibir *diariamente* hombres de todas naciones, y súbditos de muchas potencias extranjeras, ¡qué digo! plenipotenciarios de gobiernos que tienen *diarios* motivos de comunicacion, en las *diarias* emergencias del gobierno espiritual.

Suponiendo que el Papa fuese súbdito de una potencia, en caso de guerra ó desacuerdo que *diariamente* ocurren entre los gobiernos civiles, la comunicacion con el Papa quedaria interrumpida, y esto importaria perjuicios al bien espiritual de esas naciones.

Pero no es este solo el inconveniente: el mayor de todos consistiría, una vez que el Papa fuese súbdito de algun gobierno, en frustrarse esa magistratura espiritual que, á fuer de padre comun, ejerce sobre los potentados civiles de la cristiandad. Sin la independencia del Para-rey,

no se hubiera visto tantas veces á un hombre inermemente amenazar á un rey poderoso, para que dejase la concubina y tomase á su mujer legítima, ó ya para que reparase el mal hecho al huérfano y al pobre. Apareciendo un Arrió ó un Lutero, el Papa, súbdito de otro soberano, quedaría en riesgo de verlo ganado por los herejes. Sin esa independencia no podría el Papa reunir Concilios para anatematizar el error y uniformar la disciplina, no podría ejercer la hospitalidad universal, no podría ser el amparo de Obispos perseguidos, de soberanos destronados, ofreciendo ese sublime espectáculo que tanto contribuye á mantener el prestigio del *Vicario de Cristo*.

- Si cuando Pepino y Carlo Magno, rogados de los Papas á quienes oprinían los Lombardos, fueron á libertarlos de sus opresores y de una vez cortaron el peligro de nuevas persecuciones dándoles el territorio de sus enemigos, los Papas, acordándose de *"mi reino no es de este mundo"* y de no *"poseáis oro ni plata,"* hubiesen desechado ese beneficio, con razon habría podido objetárseles: *"no tentarás al Señor tu Dios."*

Si cuando, despues de tantos siglos, perdida la fé, los pueblos de Italia hablan al Papa de

"mi reino no es de este mundo" y de *"no poseáis oro ni plata,"* para arrebatarles el poder temporal del Estado Pontificio, los Papas por acallar esas voces, dijesen: *"decís bien,"* y cediesen lo que sin usurpacion adquirieron, con razon podría objetárseles: *"no tentarás al Señor tu Dios."*

Eso de no poseer oro ni plata, eso de que la Iglesia no es un reino temporal ni áun en el distrito de su Santa Sede, eso de no prepararse á la predicacion sino confiar en la inspiracion momentánea del Espíritu Santo, podia tomarse á la letra en los primeros tiempos, tiempos de gracia especial, de milagros multiplicados, en que si San Pedro no tenia oro ni plata que dar, si tenia prodigios que hacer y milagros que donar; en que si faltaba á los Papas el prestigio de la magnificencia exterior, se contaba, sí, con la ferviente caridad de los primeros cristianos y con el ascendiente de los dones sobrenaturales del Espíritu Santo; en que si los evangelizadores hablaban *ex-abrupto* y sin cuidarse de las formas retóricas y de la ciencia estudiada, era porque el Cristo personalmente habia sido su maestro, porque la ciencia de los misterios y de las lenguas se les comunicaba de un golpe.

Pasados esos tiempos extraordinarios, en que *cesó el maná* y se escondió *la columna de nube*, y en que Jehová ya no hablaba á las claras desde *el tabernáculo*, quedando la religion confiada á la Providencia que la iba á sostener por los *medios naturales* con que se da estabilidad á las instituciones, con que los gobernantes se concilian el respeto y el prestigio, con que los doctores adquieren la ciencia; pasados los tiempos de Pedro y venidos los de Silvestre, ¡habria de estarse á la letra de *«mi reino no es de este mundo,»* de *«no poseáis oro ni plata,»* de *«no os ocupéis de qué ó cómo habeis de hablar?»*

Que sí, diríamos, si el Espíritu de Dios hubiese seguido dotando con la misma caridad á todos los corazones, con el mismo poder de hacer milagros á todos los pastores, con el mismo don de lenguas, con la misma ciencia instantánea á los predicadores.

No sucedió así; pues, entónces: *«no tentarás al Señor tu Dios.»*

La letra, por tanto, de *«mi reino no es de este mundo,»* de *«no poseáis oro ni plata,»* de *«no os ocupéis de qué ó cómo habeis de hablar,»* queda salva, entendiéndola aplicable solo á los primeros tiempos de milagro. Pero *el espíritu* queda siempre subsistente.

«Mi reino no es de este mundo:» es decir, no es la Iglesia un reino terreno, aun cuando el Vicario de Cristo en la tierra posea un pequeño territorio para obviar los inconvenientes de que el jefe del catolicismo dependa de algun soberano temporal.

«No poseáis oro ni plata:» es decir, el oro y la plata no sean *el fin* de vuestros deseos; pero estos son *medios* naturales para llegar al fin, cual es conducir á los hombres por lo visible á lo invisible: la rica *vestidura* del cuerpo sabe dar idea de la alta *investidura* del espíritu.

«No os ocupéis de qué ó cómo habeis de hablar:» es decir, no confieis solo en vuestra ciencia; pero procurad adquirirla, porque buena es la ciencia y buenos son todos los dones naturales, cuando con ellos se quiere lucrar el tesoro escondido, Dios y la salud del prójimo.

¡Podrán entenderse de otra manera esos decantados textos!

No se diga que el poder temporal del Papa en el Estado pontificio, no le es necesario á fuer de la promesa *«las puertas del infierno no prevalecerán contra ella,»* porque entónces podríamos tambien decir, que para la estabilidad de la Iglesia no debia cuidarse, no era necesario, naturalmente hablando, el que los Papas fuesen buenos.

ni sabios, ni que procurasen la paz con los reyes y los potentados, mientras sea compatible con los sagrados intereses, ni que procuren evitar los riesgos de la tentación que, contra la verdad y el bien espiritual, han de ofrecerse á Pedro, súbdito del César, riesgos que se evitan con la independencia del Papa rey, con la creación del Estado pontificio.

En una palabra. De Dios depende el ser de la Iglesia; de los hombres depende *el más ó el menos* de ese ser, y en este más ó menos del incremento de la Iglesia, está—oiganlo los católicos á medias—está el que más ó menos almas se salven. ¿Se nos niega el supuesto de que la salud de los hombres dependa en parte de hechos humanos exteriores? Niéguese el Cristianismo.

Ya no se objete, pues, aquello de que en los tres primeros siglos fueron los Papas súbditos absolutos de los Césares, fueron pobres, fueron sumisos hasta el martirio; porque en los tres primeros siglos, la Iglesia, los Papas, subsistieron *por milagro*. ¿Queremos hoy ese milagro? Escrito está: «*No tentarás al Señor tu Dios.*»

Cierto fausto en la corte del sucesor de Pedro, es necesario; atenerse á la grandeza *moral* del Papa, y dejar los estímulos exteriores que persuaden esa grandeza por medio de los senti-

dos, es no conocer la naturaleza humana. Pasaron los días en que Pedro, en vez de dar al pobre oro ó plata, le daba lo que tenía, (un milagro para la salud de su cuerpo,) con lo que el pobre donante se conciliaba la atención; hoy, Pedro no hará tan fácilmente esos milagros, porque ni aun á los milagros cree el mundo: debe, pues, estar á los *medios naturales* de excitar el respeto de los hombres á su invisible grandeza.

BIBLIOTECA CENTRAL
UNIVERSIDAD DE SAN CARLOS

CAPITULO IX.

Confirmación de las verdades precedentes.—Armonías de la historia eclesiástica relativa á Roma cristiana y á los Papas, con la historia universal anterior á Jesucristo.

La Historia está toda de parte de las tesis precedentes; son grandes las armonías que existen entre los sucesos y los hechos de la Iglesia romana, con los sucesos y los hechos de la Sinagoga y de la historia antigua.

La elección de Roma para cabeza del nuevo pueblo, es un hecho altamente prefigurado; la caída de Constantinopla lo es igualmente. La Historia nos dice, que Roma es Jerusalem, que Bizancio es Samaria. Jerusalem fué escogida entre todas las ciudades hebreas para ser la *Santa Sede* de la Sinagoga; Roma fué escogida entre todas las ciudades gentiles para ser la San-

ta Sede del cristianismo. Y ¡por qué Roma? Porque desechados los hijos de Jacob y hecha la alianza con los gentiles, la Hija de Sion quedó repudiada, y en su lugar llamada fué la Hija de Babilonia, la Hija de los incircuncisos, la flor de la gentilidad; y si Pedro era la *pedra* angular, ¡el Espíritu de Dios lo llevaría á Cartago y no á Roma que era ya el nuevo monte de Sion donde la Iglesia iba á edificarse! ¿ó Pedro se perdería entre los sármatas, los escandinavos, los persas ó los etiopes? Si David dejó á Hebrón y se asentó en Sion, Pedro, nuevo David, ¿no dejaría cualquiera otra ciudad y se asentaría en Roma?

No leemos en la historia de ciudad alguna el extraño capricho de llamarse eterna; solo los fundadores de Roma parece que presintieron su altísimo destino; Ninive no, ni Babilonia, ni Atenas, piensan en ser eternas, solo Roma se empeña en ser la ciudad que ha de tener un imperio sin fin, "*imperium sine fine dedi*" (Virg. En.) Hubo un tiempo en que la fortuna de Roma debió acabar, y ese sol debió quedar desquiciado bajando al rango de planeta; Bizancio quedó hecha la reina, y Roma se vió sin el César, se vió saqueada, se vió hecha ménos que Milan y que Rávena, y Bizancio pudo decir con apa-

riencias de verdad: "Si soy la sede del César, soy la sede del Cristo;" y Bizancio lo creyó así, y cual nueva Samaria llegó á insultar á la nueva Jerusalem derruida y desolada; bien así como Samaria, con apariencias de verdad pudo decir "si en el monte Garizim se ratificó la ley, allí debe estar el templo." Y ¡qué fué de Bizancio? ¿Por qué no acabó Roma para los Papas y sí acabó Constantinopla para los anti-papas? ¿Por qué Santa Sofía es hoy una mezquita, y el templo de San Pedro es siempre del Cristo y de los sucesores de Pedro?

La historia de Jerusalem es la profecía de Roma; la de Samaria, es la profecía de Constantinopla, de los cismáticos griegos y de los europeos protestantes. Jerusalem, si bien fué destruida, fué restablecida con su templo; Roma fué abandonada de los césares y saqueada de los bárbaros, y en tiempos posteriores humillada de los protestantes; pero siempre salvada y restablecida. Samaria fué arruinada, y su templo demolido ya no volvió á ser reedificado; Constantinopla fué tomada por los turcos y su templo profanado hasta hoy por los enemigos de Cristo. A Jerusalem sus enemigos, viendo sus pecados, la llamaron, "Babilonia;" y los samaritanos aborrecían más á la ciudad de David que á

Sodoma y Gomorra; pero Jerusalem era siempre la ciudad santa, la ciudad del gran rey. A Roma, los protestantes y los cismáticos viendo sus pecados, la han llamado «Babilonia,» y á sus Papas, los «Anticristos,» y los protestantes y los cismáticos, aborrecen más á la ciudad de Pedro que á Paris la impúdica y la impía, y que á Constantinopla la ciudad del Anticristo, de los sucesores de Mahomet el blasfemo. Y si no, á ver si los griegos y los protestantes alzaron el grito como lo han alzado contra los Papas, á ver si gritan contra el sacrilegio de la diosa Razon y contra las maldades de la perversa Paris! ¡Recuérdese lo que Lutero decia de la guerra contra los turcos!

Pero Roma es, no obstante, la nueva Sion, y los Papas los sucesores de Pedro, los vicarios de Cristo.

Son tambien admirables las semejanzas y armonías que existen entre la historia de los Papas y la de los reyes de Judá. Estudiemos algunas.

David, guerrero, extendió á lo sumo los dominios de Judea; Julio II, guerrero, extendió á lo sumo los dominios del Estado pontificio. En tiempo de David y en tiempo de Julio II llega-

ron respectivamente á su mayor extension los límites de Judea y los de la Romanía.

Despues de las guerras de David su padre, Salomon, rey pacífico y espléndido, gozó de las conquistas del que le precedió, y brilló con tan grande esplendor como rey ninguno de Judea ántes ni despues.

Despues de las guerras de Julio II, Leon X, rey pacífico y espléndido, gozó de les conquistas de su predecesor y brilló con esplendor tan grande como romano Pontífice ninguno, ántes ni despues. David proyectó el gran templo de Sion, pero no quiso Dios que el rey guerrero realizase esa maravilla, sino el pacífico. Julio proyectó el gran templo del Vaticano y puso la primera piedra, pero no quiso el Cristo que el Papa guerrero viese levantado el maravilloso gigante, sino el pacífico.

Los delitos de Salomon trajeron el cisma de Israel; las profanidades del reino de Leon trajeron el cisma de Lutero.

Despues del cisma y de los castigos de Israel y de Judá, el templo de Jerusalem fué reedificado, pero el cismático Israel quedó disperso y perdió la memoria de las genealogías y se confundieron las diez tribus.

Despues del cisma de Lutero y de los casti-

gos de los protestantes y de Roma, el orden y la disciplina se restablecieron en la Iglesia católica y el templo de San Pedro quedó concluido y dedicado. Pero los protestantes fueron cada día dividiéndose más y más y se perdió la sucesión de las famosas sillas episcopales con sus ordenadas demarcaciones.

Después de esos castigos, vuelta la paz á la Iglesia, Pontífices llenos de celo y de valor, nuevos Esdras y nuevos Nehemías, juntaron á los ancianos y leyeron de nuevo la ley, restableciéndose su observancia entre todos; y así como Esdras hizo el cánon de todos los libros bíblicos cerrándolo hasta su tiempo, así los Pontífices en el Concilio de Trento fijaron definitivamente el cánon de todas las escrituras. Esdras contra los samaritanos, los Papas del concilio contra los protestantes, nuevo Israel disperso y dividido.

De entre todos los patriarcas solo á Judá se dijo: «no será quitado el cetro de Judá hasta que venga el que ha de ser enviado,» y el cetro no fué quitado de Judá; los reyes de Israel acabaron en la cautividad de Babilonia; después de la cautividad de las tribus cismáticas, sin rey, se agregaron al reino de Judá; toda genealogía se perdió, solo la de Judá subsistió hasta la ve-

nida del Cristo, y no faltó caudillo de la estirpe de Judá hasta la venida del Cristo.

De entre todos los apóstoles, los hijos del nuevo Jacob, solo á Simon se dijo: «tú eres Pedro y sobre esta piedra fabricaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella,» y la piedra, es decir el Papa, no ha sido removida, el Papado no ha faltado, el Obispado que fundó San Pedro no ha visto cortada su genealogía; pero los sucesores de los otros apóstoles, los jefes cismáticos y protestantes, nuevos reyes de Israel han dado término á los otros Obispados; extinguidos quedaron los de Grecia, los del Asia menor, los de Persia, los de Egipto y Etiopía; solo la tribu de Pedro presenta hasta hoy sin interrupción su genealogía; de los protestantes, los que no vuelven á Roma, vagan todos dispersos en sectas.

En los días de Pio IV, Pio V y Gregorio XIII, que fueron como Ezequías y como Jonás que convirtieron al pueblo, que quitaron las abominaciones de la impiedad, que derribaron los ídolos de las alturas, en esos días acacieron sucesos semejantes á los de los reyes hebreos: en los días de Pio V, Selim II, nuevo Senaquerib, levanta una terrible escuadra contra Roma, nueva Jerusalem, y viene á toda vela para «dar ce-

bada á su yegua en el altar de San Pedro, y hé aquí que Pío V hace oracion á Dios, y el ángel del Señor, D. Juan de Austria, empuñando el estandarte de la Cruz, y á la cabeza de muy inferior número de cristianos, deshace en pocas horas esa armada turca de doscientos mil hombres, y Roma queda salva.

En los días de Gregorio XIII, habiendo retrocedido diez días la cuenta del tiempo, se arregla el calendario, señal de nueva vida que áun durará la Iglesia, así como en el reloj de Achaz retrocedió el sol diez líneas y volvió á su lugar, señal de quince años más que se concedieron de vida al rey hebreo.

Y en los días de este rey, vinieron embajadores de las lejanas tierras de Babilonia para felicitar al rey, quien les mostró todas las riquezas atesoradas en su casa. Y en los días de Gregorio XIII vinieron del Japon dos príncipes reales, convertidos, y toda la cristiandad ha visto la honra de Roma con esa embajada, y los japoneses han visto todas las riquezas de la nueva Jerusalem y de sus reyes, no ya riquezas de oro y plata sino las del concierto admirable del gobierno papal.

En tiempo de Ezequías, el Profeta Isaías predijo los últimos tiempos; poco despues de

Gregorio XIII se han publicado las profecias de todos los Papas venideros, designando á cada uno con un rasgo característico de su persona ó de los sucesos de su tiempo, y esto hasta la venida del Juez Supremo.

Por último, despues del restablecimiento del templo de Jerusalem, próximo ya el fin de la Sinagoga, comienzan las apostasias y á ser los mismos judfos los más encarnizados enemigos de la ley de Moisés; el ateismo y el materialismo producen tristes defecciones como nunca se vieron en el pueblo de Dios; el templo es profanado, y la potencia de los césares que han de demoler á Jerusalem va llegando al colmo.

Así con la Iglesia romana; despues de la reforma del concilio de Trento, próximo ya el fin del mundo, pasado siglo y medio de esplendor para la Iglesia, la filosofia desconociendo la majestad del Cristianismo y haciendo sus prosélitos de los mismos hijos de Roma, levanta una persecucion tan terrible, como jamás se había visto en la Iglesia, persecucion que da por fruto las abominaciones de la Diosa Razon, la matanza de los justos en toda Francia y la cautividad del Pontífice Pío VI. El mundo se ve inundado de la pestilencia del ateismo y del materialismo y el pecado del tiempo del primer fin, es decir

el suicidio del tiempo de Ovidio, vuelve á aparecer en tiempo de Rousseau y en tiempo de Voltaire como una señal del último fin, de la proximidad de un segundo y final remedio, del bautismo de fuego que ha de purificar para siempre la tierra contaminada de iniquidad.

Los Papas se muestran en medio de estos últimos días del nuevo Israel, como los caudillos de Judá en los últimos años de la Sinagoga: ya próxima la venida del Cristo á redimir al mundo ¿quién podría enseñar al hombre, ansioso de su Salvador, las cosas del futuro Cristo si no era Jerusalem con su sacerdote sumo? Ya próximo el fin del mundo, ya próxima la venida del Cristo á juzgar en justicia, ¿quién podrá sostener al hombre de buena voluntad en medio de tantos errores y de tantos delitos, si no es Roma con su Pontífice sumo?

Hé aquí apenas apuntadas algunas de las semejanzas y de las portentosas armonías de la Sinagoga y de la historia antigua, con la historia eclesiástica; con Roma y con el Papa en lo que ha pasado y en lo que ha de venir.

Ni hemos podido detenernos solo en el presente de la Iglesia; el porvenir del mundo está tan marcado en la comparación que hace el nuevo Testamento de los últimos tiempos de Judá

con los últimos tiempos de la Iglesia, que no solo se establece comparación sino que áun se les identifica en algunos puntos; eso, pues, nos ha autorizado para llevar las analogías más adelante de la historia, porque hay profecías que pueden verse ya como historia.

La historia, por tanto, está toda de parte de Roma y del Papado. Con sus armonías persuade que si la Sinagoga y sus enemigos son la figura, la Iglesia católica romana con sus enemigos son la realidad prefigurada.

BIBLIOTECA CENTRAL
UNAN

CAPITULO X.

El Templo de Jerusalem, el templo de San Pedro en Roma.

El Cristianismo restableció la adoracion solemne del verdadero Dios en muchos lugares, y en consecuencia en muchos templos, levantando la prohibicion de la Sinagoga. Antes, solo en Jerusalem podia invocarse al verdadero Dios dentro de muros sagrados; hoy, en todo el mundo, conforme á la palabra que el Cristo dió á la Samaritana.

Pero en el sistema de universalidad del Catolicismo, la universalidad de templos no excluye, ántes bien supone el templo supremo de la Iglesia.

¿No estará el sumo sacerdote en donde está

el mayor templo? y en donde esté el mayor templo ¿no estará allí la religion verdadera? Estas armonías son una hermosa presuncion en favor de la religion católica romana.

Ya hicimos notar la semejanza que existe entre la historia de la edificacion del templo de Jerusalem y la de la edificacion del de San Pedro de Roma. Esa armonía continúa despues de la edificacion.

Al templo del monte Sion oponen los samaritanos el del monte Garizim; al templo de San Pedro en Roma quieren oponer los protestantes el de San Pablo en Lóndres, y quieren oponer Pablo á Pedro como los de Samaria quisieron oponer Efrain á Judá.

Pero, ¿cuándo á Pablo se prometió la incolumidad de su fé ni se cometió á su cuidado el confirmar á sus hermanos en esa fé, ni el apacentar las ovejas y los corderos? ¿No hubiera sido mejor para la nueva Samaria el oponer al San Pedro de Roma el San Pedro de Lóndres? Pero no es el hombre quien puede prever las consecuencias de sus designios; los protestantes quisieron rivalizar con la Iglesia católica, y con eso no hicieron sino realizar la verdad de la figura que de ellos fué la rebelde Samaria.

(Sin duda que los protestantes, al edificar ese

templo, pensaron en rivalizar con Pedro y con Roma, oponiendo Pablo á Pedro y Lóndres á Roma. Pero, véase cuán estéril les salió el intento, cuando ni áun caso ha hecho de él la posteridad de los mismos disidentes, y así como Garizim pasó como muy inferior y como una triste parodia del santo Monte de Sion, así San Pablo de Lóndres con San Pedro de Roma.

Hay todavía más motivos de admiracion. La religion verdadera debe ser en todo elocuente y persuasiva, como que en todo debe llevar el sello de grandeza y de bondad que su celeste Autor ha de haberle impreso. Así, pues, como los gentiles se convertian al Dios de David y de Salomon, al contemplar la gloria del templo de Jerusalem, la magnificencia de su ideal y el aparato augusto de las funciones sacerdotales que en él celebraban los hijos de Aaron, así tambien los disidentes cismáticos, protestantes, deistas ó indiferentes, se convierten al Dios de Pedro y de Silvestre, al contemplar la gloria del templo de San Pedro en el Vaticano, la inmensidad y el sublime de su ideal y la magnificencia sin igual de las funciones sacerdotales del Jefe supremo de la cristiandad.

¿Qué es comparable no ya á esos oficios del santo sacrificio que ofrece el Papa bajo la gran

cúpula, pero aun á esa simple bendicion *urbis et orbis* que el Padre Santo da á toda la cristiandad, presentándose en el gran balcon de la basílica?

Debe haber más armonía de lo que parece, entre la calidad de un templo y la calidad de la religion que lo ha levantado, consagrado y mantenido en servicio de su Dios. Por los edificios de una nacion podemos explicar su índole, su poder, sus costumbres y la altura de sus pensamientos. La misma relacion debe existir entre los templos y la religion que los levanta, consagra y mantiene; y bien podremos decir, al ménos como una gran presuncion:

Allí donde esté el mayor templo que hayan levantado los hombres, cuyo ideal sea más cumplido, más altamente concebido, cuya magnificencia supere á todos, cuyas funciones sean desempeñadas con más puntual observancia, con mayor edificacion, con mejor éxito para atraer á los disidentes á la religion encarnada en ese templo, allí está la verdadera religion.

No hubo templo, antes del Cristianismo, que igualase al de Salomon; la Providencia no permitió, pues, que á juzgar por su templo dejase de ostentarse, como la verdadera, la religion de Moisés y de David.

No ha habido templo desde que el mundo es mundo, que iguale al de San Pedro de Roma; en grandeza, en magnificencia, en sublimidad, en la cuantía de sus costos, en el tiempo que duró su construccion, pocas veces interrumpida, en la historia de ella, en la incolumidad prodigiosa de los sacerdotes que allí ejercen sus funciones, en la grandeza inmortal de sus artifices, el primer arquitecto del mundo y el primer pintor del mundo. Si Roma no enseña la única verdadera religion, si en su templo no se practica el único verdadero culto, ¿será creible que aun esta presuncion más que Roma agrega á tantas presunciones de que el Cristo es con ella, fuese un lazo más, un escándalo más que Dios deje en manos del Anticristo para que lo arme contra los hombres de buena voluntad?

Providencia especial de Dios es esta, que no ha dejado á los pueblos entrar en tentacion, porque viesen el templo más maravilloso allí donde no celebrase sus funciones el sucesor de Pedro sino algun vástago de Lutero ó de Focio; bien así, como no dejó que los gentiles antes del Cristo pensasen en conservar el templo de Salomon para dar gloria á Júpiter, sino que más bien les dejó entregarlo á las llamas con ciega barbárie

y á pesar de la formal consigna del caudillo romano.

A esto se agrega, que no se verá ya un templo que iguale y sobrepuje al de San Pedro; porque ya no hay fé en los pueblos, á no ser que ese templo fuera para Voltaire. Pero Voltaire ¿reina hoy (1878) como reinaba en 1778? (1)

Ni de ese templo sabrían hacer uso los enemigos de la Iglesia, si, por hipótesis, los Pontífices sucumbiesen; porque ¿quién iría á reemplazar las funciones del Pontífice? ¿Los protestantes? Pero ¿qué templo no desluce y entristece esa religion fria y desamorada? ¿Los deistas? Pero ¿qué irían á hacer debajo de aquellas bóvedas? ¿Dónde están su sacrificio, su predicacion, sus himnos, su *Gloria in excelsis*, su *Te Deum* que no se perdiese bajo la inmensidad de esas bóvedas capaces de ser llenadas solo por la voz del Catolicismo?

¿Podrán levantar los protestantes, los cismáticos, los deistas, los racionalistas un templo que iguale al de Roma? ¿qué digo un templo! ¿un palacio? Indudablemente que no; porque no hay

(1) De un insigne sofista, que admira por su talento y su arte de mentir y de burlarse, es hoy ya la reputacion del dios del siglo XVIII.

fé para Dios ni para el hombre en el estado de irreligion, en el estado en que se halla el mundo abismado; ni es de esperarse que la haya más tarde si no es que las tribus dispersas del nuevo Israel se reconciliasen con Judá. Pero este único supuesto no haría sino completar el triunfo de Roma.